

CONCLUSIÓN

Ésta no es una conclusión tradicional. En esta parte, en lugar de cerrar el círculo, quisiéramos dar nuestras últimas alertas. Pecaremos, pues, de preventivas. Es por ello que rompemos nuestra propia regla al no concluir como se debería.

Ponemos en práctica, así, las acciones transgresoras que hemos mencionado en distintas ocasiones. Con ellas, cuando quien lee encuentre la puerta cerrada, siempre hallará una ventanita por donde salir.

Establecida la descarga de conciencia, pasemos al primer punto.

El recetario

NO ESCRIBAS SOBRE LO QUE NO SABES

Si bien, al principio del libro no restringimos los ánimos para investigar sobre cualquier objeto amable, en el sentido de digno de amar, una vez concluida la etapa de recolección de información y cuando debemos iniciar la redacción del documento, nada hay más peligroso que escribir sobre lo que no se sabe.

En muchas ocasiones, el amor por el objeto de estudio es tal que pensamos que lo sabemos todo, igual que sucede cuando estamos enamorados de una persona y empezamos a dar rienda suelta a las fantasías describiendo una serie de primores que sólo existen en nuestro alborotado corazón. En esas situaciones, creemos que podemos disertar sin cortapisas.

Al finalizar la etapa de lectura y fichado de la información —o sea, una vez que tenemos una caja de zapatos llena de fichas de trabajo—, cuando ha llegado el momento de redactar, quien investiga deberá aplicar un rigor

especial para escribir solamente aquello de lo que estemos plenamente convencidas; puede ser incluso una idea que aparezca como simple hipótesis o esté en ciernes teóricas, pero la tiene que sustentar con la absoluta convicción que proviene sólo de los conocimientos adquiridos en su investigación.

LA INDIGESTIÓN TEÓRICA

Es muy probable sentir que, si al iniciar la investigación tenía nebulosas ideas de la teoría de los narratólogos, los estructuralistas o los hermeneutas, después del enorme trabajo que me costó entender a A. J. Greimas y Luz Aurora Pimentel, o a Roland Barthes y Tzvetan Todorov, a H. G. Gadamer y Paul Ricoeur... YO LOS CITO A TODOS Y PARA TODO, ¡no faltaba más! Y claro, los resultados son un empacho teórico (equiparable sólo al lavado de cerebro de una secta) del que no sanaremos ni con tres doctorados. Esto se detecta muy fácilmente con sólo revisar que hay, en cada cuartilla, más notas a pie de página que redacción propia.

Otro problema grave se suscita cuando, a pesar de haber profundizado tanto, ciertos conceptos teóricos apenas empiezan a salir de la nebulosa. Si ése es el caso, más vale dejar a esos autores o teorías para una etapa posterior, de lo contrario, corremos el riesgo de hacer que nuestro trabajo de análisis desmerezca con otro tipo de indigestión.

EQUILIBRIO ENTRE FUENTES, OBJETO DE ESTUDIO Y OBJETO TEÓRICO

Sólo no perdiendo de la mira el PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN podremos lograr el equilibrio necesario entre las fuentes, objeto de estudio y objeto teórico. Luego, no hay mejor camino que hacernos continuamente la pregunta que dio origen al problema central de investigación.

Las fuentes nos pueden ahogar cuando nuestra ansiedad de sabiduría es tal que nos quedamos paralizados ante el torrente de los datos. Por supuesto que es muy sabio quien reconoce que no sabe nada, pero de tal enfermedad no podemos sanar con una investigación para licenciatura ni para posgrado. Calma.

La relación entre el objeto de estudio y el teórico debe ser equilibrada, si no, podemos caer en extremos que fracturarán nuestro trabajo. Por ejemplo,

si me he propuesto analizar la novela *Amor propio* de Gonzalo Celorio y quiero demostrar su alto valor literario, nada puede resultar tan contraproducente como vaciarle encima *El acto de leer* de Wolfgang Iser, *Experiencia estética y hermenéutica literaria* de Hans Robert Jauss y *La metáfora viva* de Paul Ricoeur. La novela, que es buena y sobre todo a la que tanto quiero, morirá asfixiada bajo el peso de tal cobijo teórico.

Tampoco hay que irse por ello al extremo contrario y dejar que nuestra redacción se convierta en un puro fluir libre de conciencia, sin ningún marco teórico o donde todas las referencias provengan de un solo libro de cabecera con el cual nos hayamos casado.

ALGUNOS SECRETOS PARA LA REDACCIÓN

Lo último que concebimos en toda investigación son las conclusiones; sin embargo, es conveniente que a lo largo de la redacción del capitulado tengamos un archivo abierto para que vaciemos en él lo que vamos concluyendo. Cuando ya llevamos cien hojas de lo mismo, es muy difícil lanzar afirmaciones que nos parezcan nuevas y conclusivas, por ello, esta parte final, tan importante, acaba menguada y parece que terminamos a la carrera por estar ya hartas; perdimos en el camino algunos puntos originales y valiosos que habrían podido ser fundamentales.

Ahora bien, lo cierto es que lo último que debe escribirse es la introducción, tal como quedó esbozado en el capítulo sobre la redacción, porque ¿cómo podemos presentar algo que todavía no conocemos por completo? Recordemos que de algún modo la introducción plantea la historia de nuestra investigación.

Respecto de las obras consultadas: nunca hay que dejar su consignación hasta el final. También debe existir un archivo para esta lista desde el principio; la hoja de control de fuentes ayuda, pero no es suficiente. El retrato ideal de quien investiga nunca será el de la persona rodeada de un centenar de libros tirados por el suelo en los cuales busca desesperadamente los pies de imprenta una noche antes de entregar su trabajo.

Los implementos

COMPUTADORA

Algunas precisiones básicas:

- Respalda siempre lo que tienes en el disco duro, en una memoria USB, en la nube o en el dispositivo portátil de tu preferencia, pero, cuidado con trabajar en el documento equivocado: el orden de tus archivos y carpetas es tan importante como el que debes procurar en tu espacio de trabajo.
- Antes de empezar a redactar, reduce el intervalo en la función de autoguardado de tu procesador de texto. En caso de un cierre inesperado, es mejor perder sólo lo que escribiste en el último minuto y no lo que en los últimos diez.
- Imprime SIEMPRE tus fichas y, periódicamente, tus avances en la redacción. Además de contar con un respaldo más, hay erratas que parecen dejarse encontrar sólo en el papel. Por otra parte, anotar y subrayar tu propia redacción te ayudará a mejorarla. El proceso de investigación nos hace acumuladores compulsivos y estamos seguras de que no te faltarán hojas de reciclaje para imprimir.

MANUSCRITO

Aunque habitamos una era digital, no debemos despreciar el añejo ejercicio de fichar en tarjetas. Toda lectura, para ser verdaderamente fructífera, requiere fichas de trabajo y no siempre —aun disponiendo de una portátil— es posible leer frente a la computadora o en el celular. No podemos desperdiciar los enormes ratos de lectura intempestiva: haciendo filas, viajando de un extremo al otro de la ciudad, en el metro o esperando que nos reciba el dentista. En cada libro por consignar debemos cargar tres fichitas en blanco que podemos rellenar con toda facilidad de forma manuscrita.

Esto nos lleva a hacer una observación que, no por obvia, podemos dejar de mencionar: cuando consultes libros ajenos (ya sean de biblioteca, prestados por tu pobre asesor(a) de tesis, una ilusa profesora o algún incauto amigo)

NO LOS SUBRAYES. Y con los tuyos —ni siquiera si son fotocopias— no te hagas ilusiones: los subrayados no sustituyen a la ficha de trabajo, aunque tus marcadores vengan en todos los fosforescentes colores de la primavera.

A propósito del fotocopiado, La Ley Federal de Derechos de Autor, en su artículo 148, señala que es lícito fotocopiar libros completos siempre y cuando sea para uso personal y sin fines de lucro. En el caso de libros inconseguibles, ni modo, la fuente tendrá que provenir del grado Xerox de la escritura o del PDF. No hay que abusar. Compremos los que sí existen en el mercado.

Por último, ya se habló de la función de la ficha de trabajo, pero queremos dar al respecto dos noticias, una buena y una mala.

Primero la mala: ese cuaderno que compramos especialmente para ir escribiendo toda la sabiduría que obteníamos de nuestras lecturas no nos va a servir de nada. Las hojas pegadas a una costilla, espiral o grapa no funcionan cuando tenemos que reunir las fichas organizándolas por temas, subtemas, etc. Se debe trabajar en fichas sueltas que permitan el ajetreo de su acomodo y reacomodo continuamente.

Ahora viene la buena: todas las fichas se reúnen en un elegante colector que nos puede brindar el pretexto para estrenar zapatos (algo mencionamos antes). Sólo debemos pedir en la tienda que los empaquen en su cajita. ¡Ése será nuestro colector!

Cuando lo llenemos de fichas de trabajo, ya sea manuscritas ya sea impresas, porque las hicimos directamente en la computadora, nuestra investigación estará lista para redactarse.

Ojalá seamos veloces y los zapatos todavía estén en buen estado para el día del examen.

